

Era en la niebla de Londres,  
 nébula, niebla, neblina.  
 A galopar a la Academia  
 un niño mozo venía.  
 Ojos de jacinto en flor  
 de mirada entristecida.  
 Guedeja rubia en la frente  
 de adolescencia marchita.  
 Heredad de adolescencia  
 lintera en niñez cautiva.  
 Niñez que guarda una llama  
 contra el corazón prendida.  
 Llama azotada del mundo  
 su pecho la guarecía.  
 La lumbre que fué creciendo  
 se confundió con su vida  
 y el niño adolescente  
 en rosa de amor se abría.  
 Amor de la adolescencia  
 alucinada y divina,  
 lámpara en el laberinto  
 trémulo de maravilla,  
 misterio entre los misterios,  
 misterios de estrellería.  
 Por seguir ese misterio  
 entre misterios camina.  
 Tierra buscaban sus pies  
 sin saber a dónde iba.  
 Trae su ilusión del sur  
 con su azul mañana niña  
 y en el alba de su sueño  
 la dulce patria nacía.  
 Va, peregrino, del alba  
 a la tarde pensativa.  
 Desde la noche profunda  
 al fulgor del nuevo día,  
 desde el silencio en tiniebla  
 al trino sobre la cima.  
 Y su soledad se puebla  
 de estertores de agonía  
 y tras la muerte el vagido  
 del alma recién nacida.  
 Con un rocío de lágrimas  
 besa su congoja viva.  
 Brota en el jacinto en flor  
 una luz humedecida.  
 El hijo sin padre busca  
 su padre, maestro y guía,  
 con ansia del corazón  
 golpeó en la puerta escondida.  
 Don Francisco de Miranda,  
 paternal, la puerta abría.

\*

El niño que lo miraba  
 siente temblar las rodillas  
 al imperio sobrehumano  
 de la mirada aquilina.  
 No sabe si está soñando  
 o si despierta a la vida.  
 ¿No le parece, al oírlo,  
 que escucha una voz divina?  
 Le llena el alma una música  
 celeste y desconocida.  
 Ya no sabe si sus pies  
 sobre la tierra caminan  
 o si está ungiendo su anhelo  
 la palabra del Mesías  
 en una nube de mármol  
 o en una zarza florida,  
 en un sosiego de lirios  
 o en un martirio de espinas.



## Romancero de Bernardo O'Higgins RIQUELMÉ ENCUENTRA MAESTRO

Por Roberto MEZA FUENTES

(Envío del autor, en Santiago de Chile. Con estas alentadoras palabras: "Desde el día de Chile un saludo a don Joaquín en su Repertorio, faro, vigía y atalaya de América.

Y, con los versos de Santiago, las palabras de San Francisco de Quito, en el Colegio Mejía, al entregar el mensaje de nuestro Instituto Nacional a cuyo alero se cobijó su espíritu en horas de mocedad inquieta y batalladora.

Y, con los versos y las palabras, la esperanza de siempre: ¡A la Unión de América, por el Espíritu de la Juventud!

Y un abrazo, R. Meza F. (Santiago, 18 de setiembre de 1946).

Porque, escuchando su voz,  
 su prisión el alma olvida  
 y despierta a nueva fe  
 el que zozobra y vacila  
 y siente que la fe muerta  
 en su fervor resucita.  
 Se están abriendo las puertas  
 del sueño que era su vida  
 y en el sueño van surgiendo  
 las presencias diamantinas,  
 varones para el ejemplo  
 y la hazaña esclarecida,  
 puras simientes de amor  
 para el viejo mundo en ruinas,  
 raíz hincada en la tierra,  
 flor, en el cielo, encendida,  
 generaciones que marchan  
 en el dolor y la dicha  
 siempre el corazón en alto  
 con la antorcha de la vida,  
 siempre promesa de flores  
 en las congojas baldías,  
 siempre la seda del beso  
 en la sangre de la herida,  
 siempre dulzura del cielo  
 en nuestra soberbia impía,  
 siempre victoria del alma  
 sobre tristes cobardías,  
 siempre claridad de amor  
 cuando nuestra luz declina,  
 amor, siempre amor, que canta  
 en inmortal sinfonía.  
 Amor que venció a la muerte.  
 Muerte, por siempre, vencida.  
 De su noche silenciosa  
 nueva claridad nacía  
 que aromaba la creación  
 con su esperanza florida.  
 Llama de fuego y amor  
 que acaricia y purifica  
 en los confines del mundo  
 abre las puertas del día.

En la noche sin consuelo  
 ya va a alumbrar la sonrisa

y en el alma sin amor  
 brotará la flor bellida.  
 Don Francisco de Miranda  
 a Riquelme recibía.  
 Le mostraba el corazón  
 hoguera, en su anhelo, henchido:  
 en que iba naciendo América,  
 patria que llamar solía,  
 como columna de fuego  
 que enciende al pueblo y lo guía  
 y lo conduce cantando  
 a la tierra prometida.  
 Y de la roca manaba  
 manantial de eterna vida.

\*

Ya entra Bernardo Riquelme  
 y arrodillado caía.  
 Ya le besaba las manos  
 con el alma enardecida.  
 Ya encontraba su maestro  
 tu libertad, Patria mía.  
 El niño encontró el sendero  
 de fulgencia matutina.  
 Don Francisco de Miranda  
 "Hijo mío" le decía.  
 Así se oía nombrar  
 primera vez en su vida.  
 Corazón y alma, temblaba  
 en la varonil caricia.  
 Londres le guardaba un padre  
 en su niebla y su neblina.  
 En la neblina con lágrimas  
 una cruz del sur nacía.  
 Y en la patria lontananza  
 ya germinaba una espiga  
 y zarcillos de las vides  
 abrazaban las olivas.  
 El corazón de veinte años  
 estallaba de alegría.  
 En el niño adolescente  
 el hombre se estremecía  
 con la canción augural  
 de su fe recién nacida.  
 Ya la madrastra era madre  
 en toda la tierra niña.  
 Ya de la tierra materna  
 la dulce patria nacía.  
 Ya los pueblos encontraban  
 sus fundadores y guías.  
 Los pastores y patriarcas  
 abren la senda escondida

